

RECUERDOS HISTÓRICOS.



Alzamiento de D. Pelayo.—Año 716.

Asomaba la aurora por los elevados montes que rodean el ameno valle de Canicas, hoy Cangas, y sus primeros albores penetraban en las rústicas chozas esparcidas por su recinto. Habitábanlas multitud de fugitivos, que de varios lugares de España acudían á buscar asilo en la aspereza de las montañas, contra la inhumana tiranía de sus vencedores, en la fatal jornada de Jerez.

Al brillar los rayos del nuevo sol, iban dejando su lecho aquellos desventurados; saludábanle enternecidos; y postrados en tierra, daban gracias al Omnipotente por haberles prolongado la vida un día mas, y con él la esperanza de borrar la afrenta de que se cubrió el nombre cristiano á orillas del Guadalete.

Complido ese deber religioso, y despues de haber dado el diario desahogo á sus lacerados corazones, con

AÑO VIII—25 DE JUNIO DE 1843.

la reciproca narracion de sus desgracias, quedó largo rato abismada en sus dolorosos pensamientos aquella reunion, compuesta de diversas clases de personas; todas iguales, porque á todas las había nivelado el infortunio.

La repentina llegada de un nuevo fugitivo, en cuyo rostro se veían pintados el abatimiento y la desesperacion, interrumpió el profundo silencio que á la sazón reinaba en todo el valle, donde tan solo se oían resonar plácidamente los blandos gorgoros con que las aves saludaban el nuevo dia. La vista de Iñigo, su antiguo compañero de armas, y acaso el mas desgraciado de todos los fugitivos, los sacó de aquel arrobamiento que suele producir el dolor, de aquella embriaguez moral en que la violencia misma de las escitaciones, relaja y abate la energia de los sentidos. Todos por un mo-

vimiento impremeditado rodearon á Inigo, apresurándose á dirigirle confusamente inconexas y repetidas preguntas, á los que tan solo contestaba con tristes y sombrías miradas, y lánguidos movimientos de cabeza. Acercósele el anciano Teudiselo, y con acento coriódoso, de dónde vienes? le dijo:—De Gijón.—¿Y Pelayo?—repuso con viveza.—Vive.—¡Loudo sea el Señor! esclamó inundado de gozo el anciano. ¡Oh, y cuántas veces le hemos llorado por muerto!—¡Pluguiera á Dios!—El tono en que Inigo pronunció estas palabras, dejó adivinar al concurso lo que aquel no se atrevía á referir. Un profundo silencio volvió nuevamente á reinarse entre la asombrada multitud, cuyas miradas fijas en Inigo, parecían buscar el secreto que guardaba en su pecho, con aquella inquietud y desasosiego producidos por el temor de hallar realizadas sus sospechas.

Pasados algunos instantes, volvió Teudiselo á interrogar nuevamente al recién venido; el cual estrechado á que descubriese el misterio que encerraban sus siniestras palabras: pues bien, dijo, puesto que os habeis obstinado en apurar el cáliz de nuestra comun amargura, sabedlo todo.—Pelayo vive tranquilo y satisfecho; su hermana permanece al lado de Munuza; ambos insensibles á la opresion, á la violencia, á la muerte que por do quiera persigue á los cristianos: sabedlo pues; el terror de los sepuleros vuela por la ciudad á merced de nuestros encarnizados enemigos.—Ya lo habeis oido, hijos míos, exclamó Teudiselo, lleno de fervoroso entusiasmo: confiabamos en el esfuerzo y valor de Pelayo, y ya solo podemos contar con la proteccion del cielo. Yo, aunque débil y miserable anciano, todavía conservo restos de aquel espíritu indomable, que me hizo despreciar la muerte en los combates: de nuevo la despreciaré, si seguís mi ejemplo. ¿Qué nos importa la vida, si la hemos de conservar á precio de nuestro vilipendio? Siga en buen hora Pelayo olvidando sus primeras ofertas, lo que debe á su honor, á sus amigos, á su patria, á sí mismo: nosotros buscando honrosa muerte en la pelea, cumpliremos con lo que debemos á Dios y á los hombres.

Un sordo murmullo respondió al discurso del anciano. Oíase confusamente pronunciar el nombre de Pelayo alternando con el de *traidor*. Unos tenían retratados en el semblante la osadía y el denuedo: otros con sus lánguidas miradas declaraban cuán poca confianza tenían ni en el número, ni en el prematuro entusiasmo de sus amigos. En vano el anciano, renovando el fuego de su pasada juventud, animaba á los tímidos, y procuraba inflamar el denuedo de los valientes: Inigo silencioso y consternado, miraba con la impassibilidad de una estatua aquel pasagero entusiasmo de los mas animosos, y parecía decirles con muda y persuasiva elocuencia, que sus esfuerzos serian impotentes contra huestes numerosas y triunfantes.

Poco distante y lánguidamente reclinado en un ribazo, yacía un jóven guerrero haciendo surcos en la arena con el cuento de su lanza, el cual escuchaba al parecer con indiferencia, los vagos discursos de sus compañeros. Pero apenas hubo llegado á sus oídos el epíteto infamante con que acompañaban el nombre de Pe-

layo, cuando alzándose en pie y blandiendo sañudo su lanza, «mentis, dijo, cuantos habeis osado mancillar la fama del mas honrado caballero de cuantos han combatido las huestes sarracenas; mentis, digo, como hombres débiles y miserables, que solamente teneis ojos para llorar la pérdida de lo que no supisteis defender con la espada. Menguados! ¿Olvidásteis, por ventura, que Pelayo fue el primero en acometer, y el último en abandonar el campo de batalla en la sangrienta jornada de Jerez? ¿Tan pronto habeis borrado de la memoria la fé que debemos á sus palabras, á sus juramentos, á su valor, nunca desmentidos?... Yo disculpo en Teudiselo los desengaños y temores compañeros naturales de la ancianidad: yo disculpo en el pecho lacrado de Inigo el recelo y la desconfianza, que en él han enjaenado sus recientes desventuras; pero á vosotros que tan fácilmente os entregáis á un ardor prematuro é insensato como á una desalentada timidez, ¿qué motivo teneis para sospechar de la fé y constancia de Pelayo? Y si dudáis, si teneis que os desampare en trance tan amargo, ¿presumís, por ventura, sustraeros por vosotros mismos de la espantosa servidumbre que os amenaza? Id, volad á ocultar vuestras lágrimas en la aspereza de esos cercanos riscos: no hagais alarde de un valor pasagero, que la presencia del africano cambiará instantáneamente en espanto y desolacion. ¡Iha á continuar, pero el mal reprimido enojo de los mas audaces, ofendido de sus razones, comenzó á declararse con voces y ademanes impetuosos, que habrian dado bastante en que entender á Teodofredo, no obstante su denodado esfuerzo, si un azar imprevisito no hubiera llamado la atencion de todos á objeto de mayor gravedad y trascendencia.

Una de las atalayas colocadas en las eminencias, vino apresuradamente á dar aviso de que por el camino de Gijón, se descubria una inmensa nube de polvo, producida por una multitud de gente armada, que sin duda eran enemigos. El terror y espanto se apoderaron súbitamente de todos los ánimos, y mirándose unos á otros con el sombrío aspecto de la consternacion, ni aun esfuerzo hallaban en sus helados miembros para la fuga. Pero pasado aquel primer momento de estupor, cada cual siguiendo el instinto de su propia conservacion, procuraba buscar un asilo contra el furor de los musulmanes. Solamente Teodofredo conservando su indomable fiereza, y seguido de algunos pocos, acostumbrados á despreciar la muerte en los combates, se disponia á defender á todo trance la estrecha garganta por donde podian penetrar los enemigos en el valle.

Inútil diligencia: elevándose y estendiéndose la nube fatal como un inmenso globo matizado por los rayos del sol, cubria ya aquella angosta garganta formada por dos elevados riscos. Detienen el paso nuestros animosos guerreros, y ni aciertan á dar crédito á sus propios ojos, ni á tomar determinacion alguna en trance tan apurado. Pero resueltos á buscar una muerte honrosa antes que sufrir la ofensa de la esclavitud, y llamando en su auxilio al Dios de las batallas, se preparaban á recibir á pie firme á sus contrarios, cuando con no poca sorpresa, vieron adelantarse hacia ellos un co-

bellero, que por sus armas y ademanes amistosos, manifestaba ser cristiano. Contéplanle asombrados, y él dando espuela á su caballo, llega, se apea, y reconociéndole, esclaman todos con un grito arrancado por la sorpresa, ¡Pelayo! y todos vuelan á arrojarse en sus brazos, y todos bendicen al que poco antes apellidaban traidor. Tan precipitados como volubles son constantemente los juicios de la muchedumbre.

Pelayo, en efecto, burlando la vigilancia de sus enemigos, había conseguido sustraer á su hermana del poder de Munuza; la depositó en lugar seguro, y atravesando en seguida el rio Pionia, con grave riesgo de su vida, y acompañado de cuantos quisieron ser partícipes de su futura suerte, llegó á reunirse en el valle con sus parciales, que ya vueltos de su anterior espanto, le miraban como á su redentor, y á quienes en breves palabras refirió su historia.

La presencia del guerrero confirmó la justa confianza de Teodofredo, é infundió aliento en aquellos corazones abatidos hasta entonces por la desgracia. Pelayo aprovechando el ardor marcial que brillaba en todos los semblantes, procuró mantenerle vivo, haciendo una trágica pintura de la horrible tiranía que pesaba sobre los cristianos, la profanación de sus templos, el oprobio de sus hogares, la vergüenza y mancilla á que se veían espuestas sus hijas y esposas: y escitándolos con ademanes y palabras al combate: « ¡Si, amigos míos, esclamaba: seámos los primeros en acometer á nuestros tiranos, antes que pasado el primer movimiento de la sorpresa, reconozcan la superioridad de su número, y la cortedad de nuestras fuerzas! Sus tropas desparzamadas por todas partes, y repartidas en presidios, su campo principal embarazado con la incursión en Francia, nos facilitarán el triunfo. No habrá uno solo digno del nombre cristiano, que no se aliste en nuestras banderas con esperanza de recobrar su libertad. Volvamos pues por la antigua gloria de nuestras armas, por el Dios que ultrajan los sarracenos, por el honor de nuestros hijos, nuestras esposas, nuestros parientes y amigos, y busquemos en los combates una muerte digna de nuestro valor, antes que conservada á precio de vergonzosa esclavitud. »

Las palabras del héroe produjeron en todos los corazones el efecto de la chispa eléctrica: sus rostros antes macilentos, aparecían ahora con todo el calor y vida que infunde el entusiasmo. Pelayo descollaba entre ellos, semejante al Dios de la guerra, y con el fuego de sus ojos inflamaba aquellas almas generosas.

El prudente Teodofredo, después de loar tan patriótico entusiasmo, manifestó la necesidad de elegir un jefe, una cabeza que renuncie el poder, y á quien todos obedecieran. « Creo, dijo, que es llegado el momento de levantar de su misma ruina la antigua monarquía de los Godos. Necesitamos un Rey, un jefe que nos dirija: elijamos al mas digno por sus virtudes y valor. » Todas las miradas se fijaron en Pelayo; todos á una vez le designaban como el único capaz de restaurar el Trono de Recaredo. El héroe, con modesto continente, rehusó una dignidad que juzgaba superior á sus merecimientos. Pero su misma modestia dis-

ponía mas y mas los ánimos en favor suyo, y al fin le fue forzoso doblegar la frente á la impetuosa energía que descubren los pueblos, cuando se consideran dispensados del poder, y fian su ventura al cumplimiento de su voluntad. Cedió Pelayo; y en aquel momento, colocándole en pie sobre su mismo paves, le alzaron en hombros los personajes mas distinguidos, mientras que la multitud, estendiendo sus manos, prestaban el juramento y pleito homenaje al nuevo Rey.

¡Quién pudiera entonces imaginar, que de la aspereza de las montañas de Asturias, y por la voluntad de un pequeño número de refugiados en ellas, había de levantarse un imperio capaz de abarcar con su poder dos mundos, y de infundir temor á los monarcas mas poderosos de la tierra! Los cálculos de los hombres se pierden en las vicisitudes de las cosas humanas.

Los dias siguientes á tan augusta ceremonia, el nuevo Monarca en convocar á los moradores de los pueblos comarcasos, y á los gallegos y vizcaínos, cuya tierra baña el Océano por la parte del Setentrion. Igual llamamiento hizo secretamente á los que habitaban bajo el poder de los moros; y en poco tiempo aquel valle se transformó en un verdadero campo de Marte.

Conocía D. Pelayo la necesidad de acreditar los principios de su reinado, ya porque no le tavieran en menos, ya para dar esperanzas y aliento á sus soldados. Con este objeto, comenzó á hacer correrías en tierra de moros, sin descuidar el aperebirse de todo lo necesario para cuando los enemigos acudiesen con crecidas fuerzas á reprimir la sublevación.

No salió falso su pensamiento. Aleama, uno de los capitanes mas acreditados en la milicia morisca, acudió desde Córdoba con grueso ejército, compuesto de moros y cristianos, llevando en su compañía á D. Oppas, prelado de Sevilla, para que mediante su autoridad, y el denu que con Pelayo tenia, le ayudase á reducir los sublevados á mejor partido. Estos, al saber semejante noticia, perdieron de todo punto el ánimo; con particularidad los que antes del peligro blasonaban mas de valientes: y no pocos de entre ellos juzgaban por menos aventurado someterse á los enemigos bajo pactos ventajosos.

Entendió D. Pelayo lo que pasaba en su campo, y dirigiéndose á los que tales razones proponian, reprendió agriamente su falta de valor y patriotismo, su poca confianza en el Dios de las batallas, y en el celo y buen deseo que á él mismo le conducían á acometer aquella empresa. « Miserables! decía: ¿pensais conservar vuestras vidas á precio de tanta afrenta, confiados en la generosidad de vuestros mas crueles enemigos, y olvidais vuestra patria, vuestros santuarios, todos los objetos mas caros, á un ciudadano, á un hijo, á un esposo, á un padre? Volved los ojos á los desgraciados moradores de Valencia, y en ellos vereis cuán vanamente confiáis en la piedad de vuestros opresores. Preguntadles si la desgraciada vida que baron á la falsa compasión de sus tiranos, la volverian á comprar de nuevo á precio de la esclavitud; ellos os respan-

derán, que la muerte es mil veces mas dulce, que el horror de su amarga desventura. Si los estragos de la guerra os estremecen, si la imágen sombría de la eternidad os espanta, corred á prosternaros ante vuestros verdugos; hendid para siempre la patria en el abismo, en donde la arrojaron los vicios de Witiza y de Rodrigo; provocad con vuestras abatidas frentes las maldiciones de las generaciones futuras, mientras que yo buscando la muerte en las filas sarracenas, preservaré mi nombre de la perpétua infamia con que pretendéis manchar los vuestros.»

La muchedumbre pása fácilmente de la osadía al abatimiento, del miedo al valor. La energía de D. Pelayo se comunicó á todos, y á una voz pidieron marchar al combate. Entonces el prudente guerrero, repartió sus fuerzas en los pueblos comarcanos, y dió á sus gefes las órdenes convenientes; y escogiendo mil hombres de confianza, se encerró con ellos en una cueva ancha y espaciosa del monte Anseva, que hoy llaman Sta. Maria de Covadonga. Provisto de armas y bastimentos para mucho tiempo, aguardó allí á los enemigos, los cuales siguiendo la huella no tardaron en presentarse. Encargóse D. Oppas de persuadir con razones aquella gente desesperada; y al efecto, desde el mulo que cabalgaba, hizo manifestas á D. Pelayo las tristes consecuencias que se seguirían de persistir en su loca resistencia. Mas el Rey, superior á vanos temores: «Id, le dijo, ayudad con desdoro de vuestro carácter los proyectos sanguinarios de los enemigos de Cristo; que yo y cuantos me siguen, resueltos estamos á trocar esta vida desgraciada por la eterna felicidad.»

Rotas las negociaciones, fue forzoso venir á las manos. Combatian con todo género de armas la entrada de la cueva: la pelea era porfiada y sangrienta; y ya iba á ser forzada la boca, cuando de repente oyense grandes alaridos á espaldas de los moros. Cambian estos su osadía en espanto al ver cual viela el estrago y la muerte por sus filas, arrebatando á los guerreros á la manera que el huracán las erguidas cañas de las mieses. D. Pelayo, conociendo que sus amigos, al mando de Teodofredo, acometían la retaguardia del enemigo, sale con los suyos precipitadamente de la cueva, y carga con gran denuedo sobre los moros, que asombrados de verse acometidos por tantas partes, acaban de perder el ánimo, se desordenan y apelan á la fuga.

Esta jornada memorable afianzó la restauracion de España; y el nombre de D. Pelayo ha llegado hasta nuestros dias cubierto de gloria, entre las bendiciones de la imparcial posteridad.

REVILLA.



BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



Retrato de Alonso Cano muerto, copiado de uno hecho por su discípulo Atanasio Bocanegra. (1)

Nace el artista, y con él su talento, y en los ensueños de su infancia vagan por su mente aquellos pensamientos extraordinarios, que despues deben hacerle inmortal. Si abraza la carrera de luz que ansia su corazón; si no se oponen al vuelo de su génio vientos encontrados; si no le distraen y le retrasan en su camino engañosas flores; si el torbellino del siglo le es favorable,—¿con quién mas generosa la fortuna? ¿á quién prodigó halagos mas lisonjeros que al artista? Los desacuerdos de las ajenas obras le enseñan; las sublimes inspiraciones de otro pipe el le animan; el espíritu de la época le doctrina; la naturaleza incesantemente le instruye y perfecciona. El artista ve, y piensa. Grandes pasiones, terribles contrastes se han de conjurar contra él; pero una idea oscurecerá á todas: la gloria. Las mismas pasiones le arrastrarán á ella: el siglo mismo le allanará todos los escollos. Y cuando su frente, en las amarguras de la vida, llegue á arder en fuego de dolor y desesperacion, al apoyarla sobre la mano temblorosa, háuse de estremecer los laureles que ciñen sus sienas, y, agitados, han de transmitir frescura de resignacion y de orgullo á aquella cabeza volcánica.

Nace el siglo XVII, el siglo aun de oro para las letras y las artes; y con él nace en Granada Alonso Cano. Sus juegos de niño revelaban el blanco á que tiraba aquella alma de fuego: y su padre, que era ensamblador y arquitecto de retablos, le enseñó los primeros principios de la arquitectura. Muy pronto la comprension extraordinaria del hijo llegó á aventajar los cono-

(1) Aunque ya dimos una biografía y retrato de Alonso Cano en el núm. 30 de nuestro SEMANARIO (15 de Agosto de 1851), habiendo podido adquirir una copia exacta del retrato que estamos, hemos creído que nuestros suscritores leerán con gusto la noticia que damos ahora de tan distinguido artista.

cimientos del padre; y el muchacho Alonso, observando las obras del infeliz Torrigiano, de Siloe, de Becerra y de Machuca, —se complacía en crearse dificultades que vencer y que cuestionar con su maestro. Pero tal vez no hubiera podido romper jamás la valla que le oponía el estado de aislamiento en que, por aquella época, se encontraban las artes en Granada, si una feliz casualidad no trajese á este punto al sevillano pintor Juan del Castillo. Quien, notando el tesoro que se encontraba en aquellos pocos años, instó de tal manera al viejo ensamblador por que no pensase sino en la felicidad de su hijo, que le decidió por fin á trasladar, con notable menoscabo de sus intereses, su casa y su familia á Sevilla, centro común de los mas aventajados ingenios de España.—Allí asistiendo nuestro Alonso Cano á los obradores del mismo Castillo, de Francisco Pacheco, y del escultor Juan Martínez Montañez, su paisano; y, sobre todo, estudiando incesantemente la naturaleza y las estatuas y bustos griegos que se notaban entonces en el palacio de los Duques de Alcalá, —llegó á adquirir aquel estilo de sencillez y nobleza en las actitudes, aquella valentía en las formas, y aquella verdad y buen gusto que tanto resaltan en las obras de este eminente artista.

Tales dotes y prendas le habian grangeado ya por aquellos días la colosal reputacion de un portento en las tres nobles artes. Pero su carácter impaciente y mal sufrido, adulado por el aura popular, no quería ceder á ningún otro la primacía en ninguna de tales profesiones: y éste quizá fué el motivo del desafío en que el diestro Cano hirió lastimosamente al pintor D. Sebastian de Llano y Valdés: accidente que le obligó á huir de Sevilla y á refugiarse en Madrid por los años de 1627.

Su talento y la fina correspondencia de su condiscípulo el famoso D. Diego Velazquez, le adquirieron la proteccion del Conde-Duque de Olivares, y el título de pintor del Rey y de maestro de diseño del Príncipe D. Baltasar; logrando conquistar un nombre entre los mejores artistas de España. Mas la fortuna, enemiga siempre del buen ingenio, volvió de nuevo á ensañarse contra Cano atribuyéndole el asesinato de su muger, ocurrido la noche del 10 de junio de 1644 del modo y forma que refiere D. José Pellicer y Torralba en sus Anales. Ello es que Cano, por evitar las pesquisas de la Justicia, huyó á Valencia, y desde allí á la Cartuja de Porta-Caeli, dejando en una y otra parte admirables destellos de su imaginacion. Regresado á Madrid, por creer desvanecidas las sospechas contra él concebidas, la nombradía de sus obras le descubrió; y se le puso en el tormento para que se confesase autor del tal asesinato. Pero Cano, sufriendo con una constancia admirable la tortura, fué declarado inocente del crimen que se le imputaba.

Vuelto á la gracia del Rey, y restituído en el desempeño de sus cargos, la índole del artista, poco á propósito para adular y reprimir sus impetus y sensaciones; y, mas que toda, el carácter que labraron en él los sinsabores y amarguras de su vida, —le decidieron á abandonar el Palacio, y, vistiendo hábito clerical, se

retiró al suelo en que habia nacido. Vacaba, á esta coyuntura, una racion de músico de voz en la catedral de Granada; y pudo Cano persuadir al Cabildo de la ventaja que resultaria para los trabajos ocultos de la misma iglesia, si se trocasen las funciones de aquella prebenda en las de un pintor, escultor y arquitecto. El Cabildo solicitó del Rey esta gracia; y concedida, con la precisa condicion de que se ordenase *in sacris* dentro de un año el candidato, tomó Cano posesion en febrero de 1652. Miró con indiferencia nuestro pintor la condicion expresada; lo que le produjo reconvencciones y molestias; y hasta el verse despojado de su beneficio. Pero hallándole conferido el Obispo de Salamanca una capellanía, y ordenado de subdiácono en Madrid, —el Rey, por los años de 1658, mandó que se le repusiese en su racion con los frutos caídos.

Unia Alonso Cano á una genialidad fuerte y dura un corazón tierno y caritativo; y á las rarezas mas pueriles, el mas exagerado entusiasmo por la belleza artística. Cuando hacia años que el Oidor de Granada el Sr. Antonio que aquel le quería pagar con vilipendio, socorria á los pobres, á falta de dinero, con algun dibujo que instantáneamente formaba, dirigiéndolos á las casas de las personas que sabian apreciar el menor de sus rasgos. Cuando no quería concluir el coro de la catedral de Málaga, por entender que los obreros despreciaban su mérito, —el interés y los desvelos que por los adelantamientos y brillantez de sus discípulos se tomaba, eran pruebas mas que suficientes de la nobleza de sus sentimientos. Cuando descubria su tan nimia aversion hácia los penitencidos del Tribunal de la fé, —no quería tocar ni mirar el Crucifijo que le presentaba el sacerdote que le auxiliaba, por ser muy mala escultura, prefiriendo una cruz para espirar abrazado á ella.

Pero en su corona de génio no hay ni una sola hoja, que no sea un punto brillantísimo de luz que estasia y embebera. Alonso Cano, sin haber salido de España, es uno de sus primeros artistas. Sencillo y valiente en sus composiciones, como caudoroso y decidido en su carácter, juntaba á la grandiosidad del antiguo, la sencillez y verdad de la naturaleza; no dando en sus cuadros una pincelada, que no conspirase con la expresion del pensamiento. Sus grupos no pueden estar mejor combinados; ni plegados sus paños con mas gracia; ni cabe dar mas atinada razon de las partes esenciales del desnudo. ¿Quién ha pintado la Divinidad como Alonso Cano? ¿Quién ha sentido mas exquisitamente para crear pensamientos tan sublimes, hijos de la elevacion del alma, del ardor del génio, al par que limados por el estudio? Cano se expresó siempre mejor con obras, que con palabras.

Sevilla, Córdoba, Madrid, Toledo y Granada poseen inapreciables joyas de este génio singular; y los principales Museos de Europa buscan sus obras con insaciable anhelo. Enumerar sus mas nombrados cuadros, seria traspasar los límites que nos hemos propuesto en este artículo. Pero ¿quién no recuerda con entusiasmo, en Sevilla, la Virgen y el Niño de la catedral; la estatua de la Concepcion de Sta. Lucia; la de Sta. Te-

resa del colegio de S. Alberto: en la Cartuja de Jerez, el S. Pedro y S. Francisco; en Madrid el Jesucristo muerto, del Palacio nuevo; el Cristo desnudo de San Ginés; y el Crucifijo de escultura de Monserrat: y en Granada los admirables cuadros de la catedral? Y ¿quién no recuerda, con lágrimas en los ojos, los escelentísimos cuadros de S. Diego?

Las esculturas de Cano compiten y aun exceden en mérito á sus pinturas; y los inagotables diseños de este artista se buscan con ansia por los extranjeros. Nuestro escultor se complacía en diseñar con la pluma sobre papel blanco, ayudando sus rasgoños con ligerísimas aguadas de sepia; y no solo detallaba los pensamientos de las obras de sus discípulos, sino que se divertía á veces en dibujar sin destino determinado, concluyendo tales juguetes con suma gracia y limpieza.

Alonso Cano murió en Granada el 9 de Octubre, de 1667; y está enterrado en el panteon metropolitano.

LUIS FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

VIAJES.

Viaje á Africa en 1842.

I.

La ciudad de Argel, guarida antigua de piratas, es hoy el país de la costa de Africa, que mas llama la atención del curioso viajero, ofreciéndole una nueva y bizarra mezcla de formas árabes y europeas, en sus usos y costumbres, en sus ceremonias y en todo el trato social.

La ciudad de Argel, situada á la espalda de un monte, se divide en dos partes; una superior á la que es preciso trepar como cabras; y otra baja y enteramente llana. Los franceses, sin perdonar gasto ni trabajo alguno, han renovado casi completamente la población. En la parte baja, han desaparecido los restos de las antiguas casas moriscas; no se vé calle alguna angosta; las callejuelas que antes servían de muldaderas, están ahora limpias y aseadas; en todas partes se advierte el aspecto de la jovialidad francesa. Palacios de esbelta y elegante arquitectura, almacenes provistos de toda clase de efectos de comodidad y lujo, espaciosos cafés colgados de ricas telas y adornados de vistosas arañas, magníficos villares; en fin, todo aquello que puede ofrecer la civilización y la opulencia.

Segun los datos mas seguros, contiene Argel dentro de sus murallas y fuera en sus arrabales, cerca de 80,000 habitantes entre árabes, indígenas, franceses, españoles, italianos, y un gran número de judíos. Semejante multitud presenta una continuada variedad en sus costumbres, en sus maneras, y hasta en sus fisonomías.

Los musulmanes devotos no se atreven á trocar el turbante por el traje europeo, porque esta mudanza se

tendría entre ellos por una culpa gravísima. Pero como suele suceder, tamaño eserúpulo solo cabe en los viejos, y ninguno de los que han nacido ó crecido bajo el dominio de los franceses, manifiesta la menor inclinación á seguir los antiguos usos. Muchos jóvenes que ordinariamente andan vestidos á la turca, porque se ven obligados á ello por sus padres, no dejan cuando se les presenta ocasión, de vestirse furtivamente á la europea, y frecuentar en este traje, para ellos extraño, el teatro, el café, y alguna que otra casa de confianza. Es muy de notar una singularísima circunstancia, cuya verdadera causa no es fácil adivinar. Los turcos no solamente de Argel, sino tambien los de cualquier otro país, entre las prendas del traje europeo, odian mas que ninguna otra, el sombrero, al cual consideran como objeto digno de reprobacion.

Apenas llegaron los franceses á Argel, tomaron algunos de ellos á su servicio árabes indígenas, y quisieron obligarlos á vertirse á la europea. Negaronse unos rotundamente, abandonando á sus amos; otros se avinieron á complacerlos, pero tuvieron que impetrar el auxilio de la policia, viendo que el populacho queria matarlos, porque llevaban sombrero, diciendo, que este ademas de ser un signo de reprobacion, era la mas grande injuria que podia hacerse al Profeta, y solamente servir para irritarlo contra la desgraciada Argel, que únicamente con su ayuda, podia llegar á sacudir el yugo extranjero. Viniendo á parar semejante oposicion, á que no queriendo los franceses chocar desde el principio de su conquista con la supersticion de un pueblo bárbaro y feroz, hicieron quitar el sombrero á los mismos argelinos que habian comenzado á llevarlo.

Los árabes de la pasada generacion, todavia dan crédito á la magia, á la brujeria y á los maleficios. Afirman con la mayor seguridad, haber conocido á algunos compatriotas suyos, que han hecho hablar á los muertos, volviéndoles á la vida; y á otros que han hecho ver como presentes, algunas personas que se hallaban muy distantes, ó que han vaticinado el porvenir é interpretado el misterio de los sueños. Si un árabe, refiriendo estas vulgaridades en presencia de un europeo, advierte que este se burla de ellas, de seguro le volvérsela espalda, diciendo entre dientes «francés: ni turco, ni cristiano, pero allá te las habrás con el Profeta.»

En medio de la gran plaza de Argel, llamada la plaza del Gobernador, habia cuando entraron los franceses una magnífica mezquita, que desde luego resolvieron echar abajo para allanar el terreno y rodearlo de palacios. Consternáronse á semejante noticia algunos argelinos, y otros que se creían mas entendidos se reñalaban diciendo, que ninguna fuerza humana podia destruir aquella gran mezquita, porque el Profeta la tenía profundamente arraigada en la tierra con sus santas uñas. Entretanto, los franceses abriendo una gran mina, la hicieron saltar en pocos instantes. Al ver tal suceso, andaban los turcos asustados por las calles, llorando y gritando, que los infieles por arte mágica, habian roto las uñas del Profeta.

Las mugeres turcas de familias distinguidas, se en-

encuentran todavía en la mas abyecta esclavitud; no pueden por motivo alguno salir de su casa; y si quisieran, llevadas de su inclinacion, ponerse en contacto con los franceses, se lo impedirian severamente sus padres, sus hermanos y sus maridos. Lo mas que á estas desgraciadas les es permitido, es ir dos veces á la semana, acompañadas de algunas esclavas, al baño público de los moros, que mas adelante describiremos, para dar lugar ahora á referir una anecdota bastante extraña y curiosa, acaecida en Argel en el año 1842.

Una jóven turca de noble sangre, y cuyo nombre no es del caso citar, porque aun existe en Argel su familia, estaba hacia tiempo en relaciones amorosas con un francés, á quien solo podia hablar secretamente y en cortos momentos desde una azotea, que estaba próxima á la casa de su amante. Entretanto crecia su desesperacion al ver la imposibilidad de llevar á buen término su pasion; por lo cual, y para salir de una vez de situacion tan penosa, determinó dar un golpe decisivo, que debiera hacerla feliz ó perderla para siempre. Un domingo al oscurecer tomó un puñal, y dando un salto desde su azotea, recorrió todas las casas que habia entre la suya y la de su amante, y entró osadamente en la de este. Estaba en aquel momento el francés comiendo, mas al escuchar un extraño ruido en la habitacion inmediata, se levantó de la mesa para ver qué lo causaba, y se encontró frente á frente de la dama argelina, que traia el puñal desenvainado y mostraba un ademan resuelto. Admirado el francés, apenas podia darse cuenta de si era realidad ó ilusion lo que le pasaba, cuando la turca le habló de esta manera: «Estoy muerta de amor por tí, y no pudiendo resistir á esta pasion, he venido á verte, escapándome de mi casa con este puñal para matarme si no me quieres, ó para romperlo á tus ojos si quieres tomarme por esposa, puesto que me has asegurado que eres libre.» mientras así hablaba la jóven, oyéronse grandes voces, quejidos y llantos causados por los padres de esta, á quienes algunos vecinos habian anunciado la fuga de su hija, por haberla visto correr de azotea en azotea y entrar en casa del francés. Este, habiéndose recobrado de su primer espanto, resolvió proteger y recompensar el amor de su amada, y sin perder tiempo, dió parte á la autoridad de cuanto habia sucedido. Acudió el jefe de la policia, y enterado de todo, tomó á la jóven bajo su responsabilidad, y preguntó al francés: ¿cuáles eran sus intenciones? este le respondió con el mayor entusiasmo, que aquella seria su muger para toda la vida; y los dos amantes se casaron pocos dias despues, abjurando la turca el mahometismo, y abrazando la religion cristiana. Este suceso produjo gran sentimiento en toda su familia, la cual maldiciendo á la Francia y á los franceses, y sin poder dar otro alivio á su dolor, cerró el cuarto que habia habitado la jóven, diciendo que aquella era una habitacion de oprobio y de infamia, donde no debían volver á poner el pie ningun verdadero musulman.— Volvamos ahora segun nuestro propósito á la descripción del baño turco.

Es este un grande edificio compuesto de muchos

cuartos, divididos en dos alas, una á la izquierda y la otra á la derecha. Está la primera destinada al uso de los hombres; y la segunda al de las mugeres. La persona que quiere bañarse, apenas se presenta es conducida de la mano por dos individuos de su sexo á un gabinete calentado con estufas, en donde se desnuda para pasar inmediatamente á una gran sala, en que hay una fuente de clarísima agua fria, y otra de agua caliente. El agua de ambas fuentes se mezcla por medio de unos tubos, que pueden abrirse y taparse, segun el grado de calor que se quiera dar al baño. La persona que va á bañarse, se coloca primero con las piernas estendidas en un gran asiento de mármol blanco, y entonces otras dos comienzan á frotarle las carnes con finisimos y húmedos cepillos que causan una especie de placer cosquilloso. De esta manera queda el cuerpo limpio como una plata. Terminada tal operacion y templada ya el agua de la fuente, conforme se desea, entran en la sala otros dos sirvientes, quienes con dos pequeños cubos que llenan en la fuente, empiezan á echar agua sobre el cuerpo. Finalmente concluida esta segunda operacion, la persona que ha tomado el baño, es conducida en brazos al gabinete en que se desnudó, y despues de vestida le presentan una taza sumamente pequeña de café á la turca, casi enteramente amargo y sin color, porque los árabes creen que así es mas sustanciosa la bebida.

Esta especie de baño es tan nuevo y gustoso para un europeo, que muchos de estos en Argel lo prefieren al nuestro.

Como este artículo va haciéndose demasiado largo, en otro número terminaremos la narracion de nuestro viaje á Africa.

SALVADOR COSTANZO.

POESIA.

A UN PEDANTE.

¡Oh! ¿cuándo, pedante acérrimo
ignorante, sistemático,
cuándo, dñ, tu labio estúpido
con su maléfico farrago
pondrá venturoso término
á ese método mecánico
de analizar obras útiles
solo por hallar un párrafo
que segun tu gusto pésimo,
segun tu talento inválido
contenga razones débiles
ó bien defectos gramáticos?
¿No conoces que es ridículo
que un hombre cual tu romántico
que no sabe lo que es cláusula
ni lo que es un verso exámetro,
que no distingue las sílabas
de los signos ortográficos,
que no entiende lo que es lógica

por ser un estudio árido,
 ni jamás leyó á Aristóteles
 por ser un autor muy áspero
 y para quien son sinónimos
 lo lírico y lo dramático,
 idílico y anacreóntico,
 endecasílabo y sáfico,
 no adviertes que es chocantísimo,
 te repito, que así impávido
 te lances, incauto, al público
 con tono hueco y enfático,
 dirigiendo sus apóstrofes
 con un lenguaje parásito
 á obras que no vió su mérito
 jamás tu talento párvulo?
 ¿O acaso juzgas que crítico
 eres y en las ciencias práctico,
 porque hablas con tono irónico,
 con insípidos preámbulos,
 y llevas la vista fúlgida
 con esos anteojos diáfanos,
 y ostentas los bucles móviles
 que cubren tu rostro pálido,
 y cantas un *beso húbrico*
 ó los horrores del Báratro?
 ;Insensato! tan ridículo
 es tu empeño maniático
 de ser sugeto científico
 sin pasar estudio árido,
 como es tu figura pésima
 que contemplamos estáticos,
 y que mas que poeta lúcido
 te hace parecer un *sátiro*.
 ¿Por qué escribes, hombre estólido
 aglomerando los párrafos,
 cuando en el gusto y las fórmulas
 errores cometes clásicos,
 y tu lenguaje fatídico
 es mas activo que el tártago?
 ¿Por qué alzas plegaria mística
 cuando há poco que en tu cántico,
 hiciste echar á una adúltera
 las maldiciones á cántaros?
 No con máximas benéficas
 ó con acento de Heráclito
 busques alumno de Aristipo
 el rico brillo de Atálico.
 Deja ya ese estilo mímico,
 en el hablar sé gramático.
 No llares al cielo hóveda
 en un familiar diálogo,
 ni al huracan llares éfiro,
 ni á la tierra llares páramo,
 ni en ocasiones gastronómicas
 con apóstrofe tiránico
 le llares verdura *ópima*
 á los ordinarios *rábanos*.
 No hables en latin horrisono
 con acento turbio y tácito,
 cuando en tu ignorancia indómita

apenas traduces... *ásino*,
 ni bien cuando filarmónico
 te encantas de gozo estático,
 porque te vas á la ópera
 lo dés ya todo al *diávolo*,
 queriendo con jerga pésima
 ser hijo del pais silárico. (1)
 Supuesto que eres católico
 y no eres moro ni tártaro,
 no blasfemes como réprobo
 echándola de misántropo,
 ya, pedante, que en lo místico
 hasta ignoras lo que es *diácono*.
 Deja ese furor diabólico
 de criticar... ;O fanático!
 porque la ilustrada sátira
 no te ofrece receptáculo.
 Así te llaman estúpido
 unos, y otros maniático;
 varios te juzgan insípido
 y algunos te dicen *bárbaro*.
 Tenga, por Dios, tenga término
 sistéma tan antipático,
 y no hagas mas versos, misero,
 ni cantos epitalámicos.
 No llares con tu album *métrico*
 ese ridículo tráfago,
 que dá que reír al público
 y tú te quedas muy plácido.
 No pretendas en política
 ser ;oh necio! diplomático
 que tus doctrinas demócratas
 sirven de burla y escándalo,
 ni aspire ya á fama póstuma,
 que la tuya sin obstáculo
 ha de llegar en su género
 de los siglos al pináculo.
 Aquestos consejos débiles,
 que te servirán de cáustico,
 quizá deseches colérico,
 pues eres de hacerlo árbitro;
 mas sabe, poeta indómito,
 que solo te hablé tan cándido
 por verte pedante acérrimo
 y crítico sistemático.

JUAN GUILLEN BUZARAN.



(1) Silavo, rio de Italia.